Aprender y enseñar en tiempos de Covid

Jonatan Fernando **FLORES VICTORINO**

Un lunes de octubre, alrededor del mediodía. El lugar era un café internet en una conocida colonia de la ciudad capital. El dueño del establecimiento es un hombre precavido que ha tratado de disponer de todas las medidas sanitarias para continuar trabajando y enfrentar la dura realidad que afecta a gran parte de la población. Ha inhabilitado algunas computadoras para que los usuarios puedan guardar sana distancia, colocó un tapete sanitizante a la entrada y tiene un dispensador de gel antibacterial a disposición de los clientes.

Yo acudí de entrada por salida, solo necesitaba imprimir un documento. Todas las máquinas estaban ocupadas, así que el administrador me haría el favor de conectar mi memoria USB a su computadora e imprimir desde ahí. Le indiqué el nombre del archivo y me quedé esperando a que estuviera lista la impresión. En ese lapso, pude apreciar una escena que removió muchas emociones en mí: en una de las computadoras, una pequeña niña navegaba entre la ventana de WhatsApp y la del procesador de texto; en la primera copiaba una imagen, luego en el procesador la pegaba, ajustaba el tamaño, recortaba. Al poner más atención, observé mayores detalles. La niña cursa el quinto grado de primaria, según se leía en las actividades que estaba descargando de la ventana de chat; ya llevaba siete páginas generadas, seguramente estaba acomodándolas en un documento para imprimirlas más fácil.

De pronto sentí un repentino impulso de acercarme y ofrecerle ayuda, quizá darle un *tip* para acelerar aquella tarea y poder regresar a casa a trabajar en ella. Pero no, la niña lo hacía con total autonomía y habilidad, y detrás de ella una mujer de avanzada edad la observaba, de pie y con una de sus manos recargada en el respaldo de la silla. Tal vez su abuela o su madre, quien miraba con asombro aquellas hazañas que su pequeña estaba realizando. Sí, hazañas, pues es probable que aquella mujer no tenga conocimiento sobre cómo se maneja una computadora o cómo funciona el internet, así que solo le resta acompañar a la niña a este lugar, tomar algunas monedas y brindárselas para que pague por el servicio recibido.

Días después, vino otra experiencia que me trajo importantes reflexiones; participé en una reunión virtual con la presencia de 60 maestros y maestras de escuelas primarias

ubicadas en diferentes puntos de la ciudad, en contextos diversos. Esa diversidad fue lo más interesante de la charla. “Pues yo solo puedo enviarles actividades a mis niños por WhatsApp, y ahí mismo las recibo, es todo lo que puedo hacer, porque ellos ni tienen internet”, comentó una maestra al respecto de cómo está trabajando en esta modalidad a distancia; “yo les digo que vean los programas de la tele y luego les mando actividades para reforzar”, respondió otra. “Yo sí hago videollamadas, se me conectan muy poquitos, pero eso ya es ganancia”, “yo me grabo y luego les mando el video explicando algún tema”. Las situaciones eran diferentes, sí, pero había un punto en común, el interés por seguir trabajando para beneficio de los niños y niñas.

Luego de estas vivencias, consideré necesario emplear este medio para reflexionar acerca de todos los niños, niñas y jóvenes, los padres y madres, maestros, maestras, familias enteras, autoridades, instituciones, todos aquellos que están haciendo actualmente un esfuerzo sobrehumano por sacar adelante al sistema educativo, en un contexto donde todavía muchas personas, evidenciando su falta de información, de empatía y de criterio, solo se dedican a criticar, a ridiculizar y desvalorizar la figura y la importancia que sigue teniendo la educación y todos los agentes que en ella participan. Diariamente es común escuchar un comentario o ver una publicación en redes sociales donde se demerita el trabajo de los docentes, y hasta de la educación en general, como si no contara todo el esfuerzo que los educandos, educadores y familias han puesto en juego para mantener a flote las actividades escolares a pesar del sinfín de adversidades que aquejan al estado y al país.

Es necesario, entonces, entender que somos parte de una misma realidad, no es para nada la ideal, pero es una realidad común, por lo que debemos enfocarnos en lo bueno, en la solidaridad, en la unión, pues quizá el tema de salud se supere en algunos meses, o en pocos años, pero mientras no se superen la falta de empatía, la ignorancia y las ganas de siempre enfocar lo negativo, no lograremos crecer, pues nos cerramos a aprender las lecciones de vida que esta coyuntura histórica nos ha traído en todas las esferas de la vida colectiva.